

# Nuevo Mundo, Indias, América

GILBERTO TRIVIÑOS  
Departamento de Lingüística y Literatura  
Universidad de Concepción

El 12 de octubre de 1492 inicia una época de la historia de la humanidad, en la cuál el europeo toma posesión de la totalidad de la tierra como domicilio cósmico del hombre. Hoy es difícil comprender el significado de esta afirmación. En el siglo xvi, sin embargo, es muy diferente. Hasta ese momento el mundo habitable se reducía sólo a Europa, África y Asia. Se admitía en principio la existencia de otras tierras desconocidas, posiblemente habitables, pero no se las incluía dentro de la Ecumene ("nuestro mundo")<sup>1</sup>. Con el Descubrimiento de América, mundo grandísimo ignorado por Tolomeo, la afirmación sobre la inhabitabilidad de la mayor parte de la Tierra se deshace totalmente. La experiencia, declarando la "ignorancia de la sabia antigüedad", muestra que toda la Tierra es habitable; más aún, que está habitada, "llena de gente". Es éste un acontecimiento fundamental, sólo comparable a lo que hoy sucedería si supiéramos la existencia de otros planetas habitados. La cultura de Occidente logra, por fin, adueñarse de la totalidad de la Tierra como algo propio. Por primera vez el hombre occidental se concebirá a sí mismo como señor del cosmos<sup>2</sup>. Es comprensible, por ello, que este acontecimiento haya sido para los hombres de esa época el mayor suceso ocurrido, después de la creación del mundo y el advenimiento de Cristo: "Muy soberano Señor: La mayor cosa después de la

<sup>1</sup>Edmundo O'Gorman, *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

<sup>2</sup>O'Gorman, *La invención de América*, p. 81.

creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el Descubrimiento de Indias; y así, las llaman Mundo Nuevo”<sup>3</sup>.

La determinación de la función, el ser o el sentido de las tierras encontradas, es, sin duda, uno de los problemas más importantes de los suscitados por el Descubrimiento. Las siguientes notas prueban la validez de las tesis de O’Gorman expuestas en su apasionante libro *La invención de América*. El Nuevo Mundo tuvo que dejar de ser lo que era, para llegar a ser lo que Europa quiso que fuera. Su inscripción dentro de la historia universal lo convirtió en un *ens ab alio*, en un ente que recibe su sentido de otro: “... Se trata, recuérdese, de un *ens ab alio*, de un ente que tiene su razón de ser en otro; concretamente, en Europa; pero no por ella misma, sino sólo en cuanto la civilización, que representa la forma más plenaria que se ha logrado del ser de la humanidad. América, pues, no aparece con otro ser que el de la imposibilidad de actualizar en sí misma esa forma del devenir, y por eso... fue inventada a imagen y semejanza de Europa”<sup>4</sup>.

## 1. LOS NOMBRES DE AMERICA

Los nombres con los cuales los europeos denominaron las tierras encontradas permiten conocer las primeras percepciones sobre América, especialmente aquella para la cual lo hallado constituye una nueva e imprevista provincia de la Tierra reservada a Europa, para la prosecución de los fines históricos supremos.

Edmundo O’Gorman afirma que la noción de un ‘mundo nuevo’, como independiente de Asia, no existe desde el momento mismo del Descubrimiento. La historia del Descubrimiento de América empezaría sólo con aquellos textos donde ya existe la conciencia de que las ‘Indias’ de Colón son ‘América’; es decir, desde que surge la evidencia de que se trata de una entidad geográfica separada y distinta de las tierras asiáticas. El año 1507 sería, en este sentido, una fecha muy importante. Se publica entonces el famoso folleto *Cosmographie Introductio* que declara la existencia de una “cuarta parte” de la tierra, la cual, por haber sido hallada por Américo Vespucio, parece lícito denominarla ‘Tierra de Américo’, o mejor aún ‘América’, para que su nombre concuerde con los de Europa, Asia y Africa.

<sup>3</sup>Francisco López de Gómara, “A don Carlos, Emperador de Romanos, rey de España”, *Historia General de las Indias*, Barcelona, Editorial Iberia, S.A., 1954. Primera Parte, p. 5.

<sup>4</sup>Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951.

'América' es el nombre que, finalmente, predominará sobre el de 'Indias' y 'Nuevo Mundo' para designar las tierras encontradas por Colón. El gran navegante no habría llegado a comprender que las tierras por él halladas eran independientes de Asia. El mérito de Vespucio consistiría precisamente en haber llegado a esa noción. De ahí la validez de denominar con su nombre la 'cuarta parte' del mundo.

'Indias' es otro de los nombres con los cuales los hombres de la época del Descubrimiento y la Conquista designaron el mundo nuevo. El Almirante lo habría denominado de este modo, porque creyó que había llegado al fin oriental de Asia. Su diario de navegación, conocido a través de la glosa de Las Casas, habla efectivamente de Cipango, "el cual ellos llaman Civao", y de caniba(les), "la gente del gran Can". La lectura de la *Vida del Almirante*, escrita por Fernando Colón, nos permite conocer una versión inquietante sobre el nombre de las Indias. Refutando la opinión según la cual este nombre era impropio, porque las tierras encontradas no pertenecían a la India, Fernando Colón afirma que su padre las llamó 'Indias Occidentales' no por creer que pertenecían a Asia, sino porque quiso llamarlas con el nombre de la tierra más próxima: "Y por ser estas tierras lo oriental ignoto de la India (allende el Ganges) y no tener nombre particular, atribuyóle aquel nombre que tenía la más propincua tierra, llamándolas Indias Occidentales".

Las alusiones del Almirante a las tierras del Gran Khan no son para el autor de la *Vida* la prueba que permite demostrar que Colón creyó haber llegado a Asia. El navegante genovés habría hablado *deliberadamente* de las Indias, para mantener el interés de los reyes. Sabiendo que a todos era manifiesta la riqueza y gran fama de la India, habría querido interesar con este nombre a los que estaban dudosos de su empresa. La importancia de esta afirmación es obvia. A través de ella, Fernando Colón quiere demostrar que el mérito del Descubrimiento de América, en cuanto independiente, distinta y separada de Asia, no es de Américo Vespucio, sino de Cristóbal Colón. El almirante aparece así como el varón docto que supo *a priori* la existencia de unas tierras desconocidas en el Atlántico. Su empresa habría sido la confirmación de una hipótesis científica fundada en razonamientos de inducción y de autoridades. Es ésta la tesis del "descubrimiento intencional" de América, opuesta a la tesis del "descubrimiento casual"<sup>5</sup>.

'Nuevo Mundo' es la otra denominación dada por los europeos a América. Las razones dadas por Vespucio en su *Mundus Novus* son dos. La

<sup>5</sup>O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América*, edición citada.

primera es que nadie supo antes que los 'nuevos países' existían. La segunda consiste en señalar que, de acuerdo con las nociones tradicionales, se creía que el hemisferio sur sólo estaba ocupado por el océano. O'Gorman afirma que estos dos motivos justifican denominar 'nuevas' a las regiones aludidas por Vespucio. Ellas son 'nuevas' en el sentido de recién halladas y de imprevistas.

Más difícil es comprender la palabra 'mundo' en el nombre 'Mundo Nuevo', especialmente si se considera que la postulación de varios mundos es una idea herética en la época del Descubrimiento. Francisco López de Gómara, por ejemplo, comienza su *Historia General de las Indias*, publicada en 1552, afirmando que el mundo es *uno* y no muchos. El mundo es uno sólo, pero puede hablarse de dos ('Mundo Nuevo' y 'Viejo Mundo'), por variar de vocablos en una misma cosa. El problema de la procedencia de los hombres encontrados en las nuevas tierras queda resuelto con esta declaración. Los indios son también descendientes de Noé; pertenecen a la misma creación o mundo que el de los europeos. Aunque habría discrepancias sobre cuál de los hijos de Noé habría llegado a América, se señala generalmente que fue Ophir, hijo de Yectan. La elección se debe a la supuesta analogía con el nombre 'Perú'. Esta palabra no será otra cosa que la palabra 'Ophir' transformada: 'pir-o'. Los indígenas habrían cambiado después la 'o' en 'u' para la mejor pronunciación del nombre.

Afirmar que los hombres y los europeos pertenecen a la misma creación pudo poner en duda la legitimidad de la conquista de unos hombres sobre otros. La respuesta a este problema está dada, entre otros muchos, en el texto ya mencionado de López de Gómara. El 'Nuevo Mundo' tendría este nombre no tanto por haber sido nuevamente hallado, sino por ser grandísimo y porque todas sus cosas son *diferentísimas* de las europeas. Siendo los elementos una misma cosa "allá y acá", los animales, los peces, las aves, los árboles y granos del mundo nuevo son de "otra manera". Asimismo, los hombres de estas tierras descienden también de Adán, pero no tienen letras ni monedas. Y porque no conocen al verdadero Dios y Señor están en grandísimos pecados de "idolatría, sacrificios de hombres vivos, comida de carne humana, conversación con el diablo, sodomía, muchedumbre de mujeres, y otros así"<sup>6</sup>. Es decir, los americanos, igual que los europeos, descienden de Adán y Eva, pero se encuentran en un nivel inferior de la humanidad. La dominación material, política y religiosa del Nuevo Mundo queda así totalmente legitimada. América debe aspirar desde entonces a asemejarse a Europa convertida en un modelo, a ser lo que no era en la época

<sup>6</sup>López de Gómara, ob. cit., p. 5.

precolombina, para adquirir un lugar y un sentido en la historia universal; "Quiso Dios descubrir las Indias en vuestro tiempo y a vuestros vasallos, para que las convirtieseis a su santa ley, como dicen muchos sabios y cristianos. Comenzaron la conquista de indios acabada la de moros, porque siempre guerreassen españoles contra infieles..."<sup>7</sup>.

La explicación de Vasco de Quiroga sobre el nombre 'Mundo Nuevo' permite, por último, conocer la noción utópica de América en el siglo XVI. Las tierras de 'acá' se llaman 'Nuevo Mundo' no porque han sido halladas de nuevo, sino porque sus gentes y prácticamente todas sus cosas son del modo que fue el mundo en su edad de oro. Vasco de Quiroga piensa que, por este motivo, las cosas y gentes de América no se deben representar, entender o imaginar por las leyes e imágenes de los europeos: "Todas estas cosas (simplicidad, mansedumbre, humanidad, generosidad) que a ellos son tan propias y naturales, en nosotros (son) tan ajenas y contarias y casi como imposibles, causándolo todo esto nuestra gran soberbia, ambición y codicia". La misión histórica del europeo no puede ser, por consiguiente, transmitir a los indios la soberbia y la ambición que dominan a Europa en su Edad de Hierro, sino elevarlo, mediante las leyes de la *Utopía* de Tomás Moro y la religión cristiana, a la construcción de un mundo sin codicia, equiparable por sus virtudes a la iglesia primitiva. Mientras Francisco López de Gómara, por ejemplo, legitima la conquista de América a través de la guerra, Vasco de Quiroga afirma la necesidad de conquistarla a través del amor. En ambos casos, no obstante, América adquiere las características de un *ens ab alio*. Las leyes utópicas, igual que las antiutópicas, provienen de una misma fuente, es decir, de Europa. El drama del 'Nuevo Mundo' muestra así toda su intensidad. El espacio de los hombres encontrados en las nuevas tierras no se reconstruirá sólo para asemejarse a la realidad de Europa, sino también para asemejarse a sus sueños. Irónicamente los hombres del Nuevo Mundo deben renunciar a su historia para ingresar a la historia. Así lo muestra, por ejemplo, la conquista de Nueva España. La resistencia indígena a los conquistadores termina con la destrucción de Tenochtitlán ("la mejor cosa del mundo") y la construcción de México: "...parecíanos que en ella era bien poblar, porque estaba toda destruida; y yo repartí los solares a los que se asentaron por vecinos, e hízose nombramientos de alcaldes y regidores en nombre de vuestra magestad, según en sus reinos se acostumbra..."<sup>8</sup>.

<sup>7</sup>López de Gómara, ob. cit., p. 5.

<sup>8</sup>Hernán Cortés, *Tercera Relación*, en *Cartas de Relación*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1969, p. 139.



Mapa del Nuevo Mundo en la "Cosmographia" de Sebastián Munster (siglo XVI).

Los nombres dados a los diversos lugares americanos muestran también la reconstrucción de América a imagen y semejanza de Europa. En la topografía misma de las nuevas tierras irá inscribiéndose la memoria de la realidad física del mundo de los conquistadores (La Española, Río Guadaluquivir, Nueva Andalucía, Nueva España, Nueva Granada, Venezuela, etc.) y también de su historia religiosa (San Salvador, Trinidad, Puerto de la Mar de Santo Tomás, Puerto de San Nicolás) y su historia profana (Fernandina, Isabela, Juana). Y, junto a ello, el recuerdo de los mitos (California, Río Amazonas) y los sueños de una Europa regida por una economía monetaria (Río del Oro, Río de las Perlas, Valle del Paraíso).

Las denominaciones de América de ningún modo son, pues, arbitrarias. De una manera u otra, en mayor o menor grado, son la materialización de la percepción de América como un ente privado de sentido por sí mismo: ¡Oh México... tú que antes eras maestra de pecados, ahora eres enseñadora de verdad; y tú, que antes estabas en tinieblas y oscuridad, ahora das resplando-

res de doctrina y cristiandad. Eres entonces una Babilonia, llena de confesiones y maldades; ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos..."<sup>9</sup>.

## 2. TIERRA DE CONVERSION Y TIERRA DEL ORO INFINITO

La interpretación del Descubrimiento que mejor permite comprender el sentido dado por los europeos a las nuevas tierras es la interpretación religiosa. Según ella, Cristóbal Colón fue el hombre elegido por Dios para traer a América la ley evangélica. Hernando Colón, por ejemplo, afirma en su *Vida del Almirante* que su padre fue elegido por Dios para una cosa tan grande como la que hizo; que el Señor lo eligió para que imitase a los apóstoles que publicaron su nombre por mares y ribera y no en alteza y palacios, que lo imitase a El mismo.

*La Historia de las Indias*, de Bartolomé de las Casas, es, sin duda, el texto que más extensamente desarrolla la interpretación providencialista del Descubrimiento de las Indias. En efecto, Cristóbal Colón es en esta historia el varón que Dios elige para ser su ministro y primer apóstol de las Indias. El tiempo de la empresa colombina es el tiempo en el cual la misericordia de Dios tenía dispuesta desde siempre la conversión de los hombres del mundo, hasta entonces desconocido: "Llegado, pues, ya el tiempo de las maravillas misericordiosas de Dios... escogió el divino y sumo Maestro entre los hijos de Adán que en estos tiempos nuestros había en la tierra, aquel ilustre y grande Colón... (para) confiar una de las grandes hazañas que por el siglo presente quiso en su mundo hacer"<sup>10</sup>.

El nombre de Cristóbal Colón adquiere sentido cuando se lo inscribe dentro de esta percepción de la empresa del genovés como cumplimiento del 'divino negocio'. Lejos de ser arbitrario, el nombre del descubridor de las Indias predice o anuncia la maravilla o novedad de lo que hará su poseedor: "Llámole, pues, por nombre, Cristóbal, conviene a saber, *Christum ferens*, que quiere decir traedor o llevador de Cristo... como en la verdad él haya sido el primero que abrió las puertas deste mar océano... por donde entró y metió a estas tierras tan remotas a nuestro Salvador Jesucristo y a su bendito nombre... Tuvo por sobrenombre Colón, que quiere decir *poblador de*

<sup>9</sup>Fray Toribio de Benavente (Motolinía), *Relaciones de la Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, pp. 87-88.

<sup>10</sup>Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, cap. II, p. 27.

*nuevo... en cuanto por su industria y trabajos fue causa que... (estas gentes) hayan ido y vayan cada día a poblar de nuevo aquella triunfante ciudad del cielo”<sup>11</sup>.*

Traedor y llevador de Cristo. Esta es la función de Cristóbal Colón dentro de la historia de la humanidad, comprendida como la manifestación de los designios divinos. El ‘Nuevo Mundo’ tiene, por eso, un sentido inequívoco dentro del pensamiento lascasiano. Este es su carácter de mundo que espera la conversión, de tierra que espera la evangelización. El Descubrimiento, asimismo, no es producto del puro azar. El encuentro de las Indias estuvo desde siempre en la intención divina. Colón halló las nuevas tierras sabiendo que quería encontrarlas. No sólo porque pudo oírlas y leerlas, o porque las imaginó con su sabiduría, sino especialmente porque Dios, por muchas maneras y por todos los lados, le dio motivos y causas para que no dudase de acometer la ‘arduísima’ hazaña: “... cuando determinó buscar un príncipe cristiano para que le ayudase, ya él tenía certidumbre que había de descubrir tierras y gentes en ellas (las Indias), como si en ellas personalmente hubiera estado...”<sup>12</sup>.

La tragedia americana, según Las Casas, se produce con la traición europea a este ‘divino negocio’. Los conquistadores olvidarán el sentido trascendente del Descubrimiento y sustituirán a Dios por otra divinidad, cuya adoración es la causa de la destrucción de las Indias. En la *Brevísima relación* un señor indio, Hatuey, es quien habla, significativamente, del nuevo dios de los cristianos: el oro.

“...ajuntó mucho a toda su gente, y díjoles: ‘Ya sabéis cómo se dice que los cristianos pasan acá, y tenéis experiencia cuáles han pasado a los señores fulano y fulano, y aquellas gentes de Haití (que es la Española), lo mismo vienen a hacer acá, ¿sabéis quizás por qué lo hacen?’ Dijeron: ‘No lo hacen por sólo eso, sino porque tienen un Dios a quien ellos adoran y quieren mucho, y por haberlo de nosotros para lo adorar nos trabajan de sojuzgar y no matan’. Tenía cabe sí una cestilla llena de oro en joyas y dijo: ‘Véis aquí el Dios de los cristianos, hagámosle si os parece Areitos (que son bailes y danzas) y quizá le agradaremos, y les mandará que no nos hagan mal’ ”<sup>13</sup>.

<sup>11</sup>Bartolomé de las Casas, ob. cit., cap. II, pp. 28-29.

<sup>12</sup>Bartolomé de las Casas, ob. cit., cap. V, p. 37.

<sup>13</sup>Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1972, pp. 43-44.

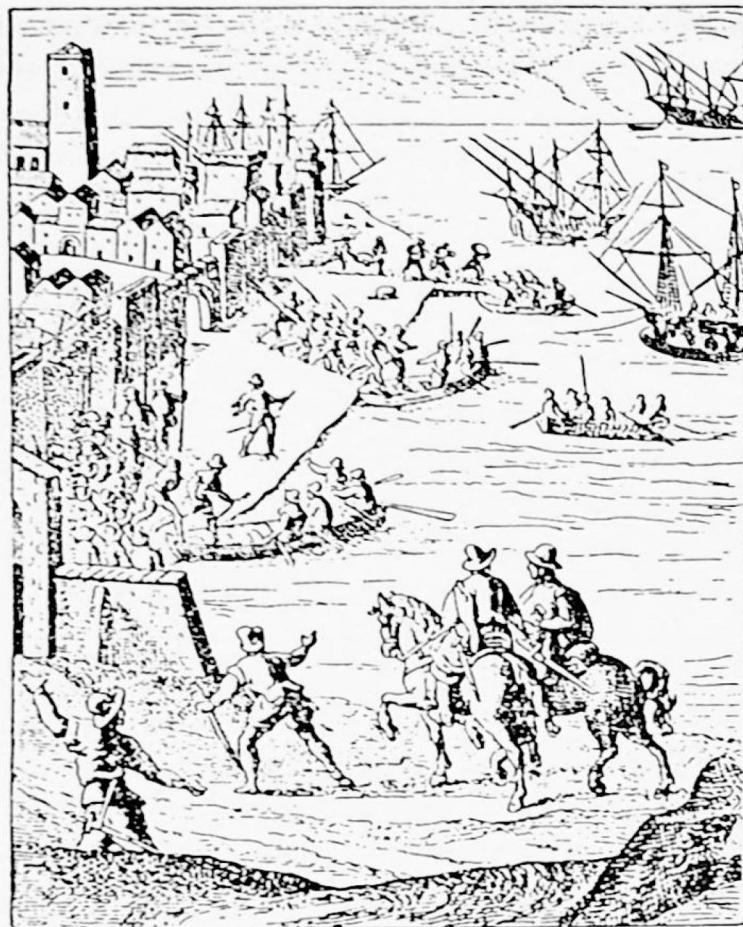
La percepción del Nuevo Mundo como tierra de conversión es perceptible también en los escritos mismos de Colón. Los relatos del Descubrimiento muestran, de modo inequívoco, que la 'gran empresa' representó para Colón el cumplimiento de lo predicho por Dios a través de Isaías: "...es verdad que todo pasará y no la palabra de Dios y se cumplirá todo lo que dijo; el cual tan claro habló de estas tierras por la boca de Isaías en tantos lugares de la Escriptura, afirmando que de España les sería divulgado su santo nombre"<sup>14</sup>. Igualmente significativo es el relato de los 'martirios' colombinos durante el cuarto viaje. Atribulado por los peligros, adormecido, el Almirante escucha una "voz muy piadosa" que le recuerda que él descubrió las Indias, porque Dios le dio poder para ello: "...Cuando te vido en edad de que El fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dio por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo y te dio poder para ello. De los atamientos de la mar océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves... Los privilegios y promesas que da Dios... ni de martirios por dar color a la fuerza..."<sup>15</sup>.

Los cuatro relatos de Colón sobre el Descubrimiento tienen una especificidad que generalmente ha sido olvidada por los críticos. Preocupados por encontrar valores literarios en una obra que no pertenece a la literatura en sentido estricto<sup>16</sup> no han reparado en que estos textos, igual que todas las Crónicas de Indias, son retóricos en el sentido más literal de la palabra; es decir, discursos cuyo fin es la persuasión. La singularidad de los relatos colombinos así considerados es su carácter *demonstrativo*. Retóricamente se construyen para demostrar la virtud de una cosa; en este caso, para mostrar a los Reyes que su emisor ha encontrado las tierras y los hombres mejores del mundo para ser conquistados y colonizados. Los tópicos del 'sobrepujamien-

<sup>14</sup>Cristóbal Colón, *El tercer viaje*, en *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, México, Espasa Calpe, 3<sup>ra</sup> edición, 1958 (Edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui), p. 173.

<sup>15</sup>Cristóbal Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., pp. 201-202.

<sup>16</sup>El comienzo de la inscripción de los textos colombinos, de las crónicas de Indias en general, en la esfera específica donde deben ser estudiados, se encuentra en el excelente artículo del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva, publicado en 1971 con el título "Los fundadores en la ideología colonial (Introducción a los cronistas de Indias)", Universidad de Concepción, Chile, edición mimeografiada. En él se afirma que la necesidad de comenzar la historia de nuestras letras con una referencia a las cartas de relación y las crónicas no se justifica por el valor literario de estos textos, sino porque son documentos de gran importancia para el conocimiento del "proceso de conformación de la ideología dominante de América Latina, dentro de cuyas coordinadas la literatura ulterior se desarrollará...", p. 2.



*La primera expedición de Colón (De Bry).*

to' y de lo 'indecible' son sólo los procedimientos más representativos que inscriben los escritos de Colón, particularmente el relato de la primera expedición, dentro del tipo de discurso que la retórica denomina *alabanza*.

En relación con el aspecto religioso, la escritura colombina se singulariza por el intento de demostrar que los hombres de las tierras encontradas son aptísimos para recibir la religión cristiana. Una serie de enunciados semejantes afirma que los indios no tienen secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos, crédulos y conocedores de que hay Dios. El fin del proceso retórico de la repetición es aquí evidente. A través de él se desea transmitir el mensaje del cual la historia del Descubrimiento no es sino el medio indirecto: "Tengo por dicho, serenísimos Príncipes —dice el Almirante— que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarán cristianos; y así espero en Nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos, y los convertirán, así como han destruido

aquéllos que no quisieron confesar el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo..."<sup>17</sup>. "Mandó hacer honra a todos el Almirante, y dice él porque son la mejor gente del mundo y más mansa; y sobre todo, que tengo mucha esperanza en nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos..."<sup>18</sup>.

Sería absolutamente mistificador, sin embargo, reducir la empresa colombina a la preocupación puramente evangelizadora. Las relaciones del Almirante sobre el Descubrimiento destruyen cualquier intento de este tipo. La preocupación religiosa en estos escritos está siempre unida a la preocupación material. Las nuevas tierras son un mundo que espera la conversión, pero también son las tierras del oro infinito: "...Así que deben Vuestras Altezas determinarse a los hacer cristianos, que creo que si comienzan, en poco tiempo acabará de los haber convertido a nuestra Santa Fe muchedumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riquezas y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en tierras grandísimas sumas de oro... Vuestras Altezas tienen acá otro mundo, de donde puede ser tan acrecentada nuestra fe y de donde se podrán sacar tantos provechos..."<sup>19</sup>.

Los textos colombinos relatan el encuentro de los europeos con los indicios, signos o señales de la fuente del oro infinito. Hay un suspense narrativo que nunca se destruye en los escritos sobre el Descubrimiento. Los protagonistas de esta historia apasionante reciben constantemente noticias sobre un lugar con muchísimo oro, pero que siempre está más lejos, siempre más allá. Sus movimientos nunca son arbitrarios. No se desplazan a cualquier lugar sino sólo a los lugares en los cuales hay signos del objeto que da a sus poseedores "cuanto quiere(n) en el mundo". La detención en cada uno de esos espacios tampoco es caprichosa. Depende, asimismo, de la importancia de los indicios que ahí se encuentran de la fuente del oro, cuya búsqueda constituye la materia narrativa predominante en la primera y en la cuarta relación:

...Son estas islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para fallar oro... no puedo errar con la ayuda de Nuestro Señor que yo no le falle adonde nace... Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear, porque, según puedo entender, en ella

<sup>17</sup>Colón, *El primer viaje*, ob. cit., pp. 57-58.

<sup>18</sup>Colón, *El primer viaje*, ob. cit., p. 93.

<sup>19</sup>Colón, *El primer viaje*, p. 59; *El tercer viaje*, p. 192.

o cerca de ella hay mina de oro... trabajar(é) hasta que halle Samaot, que es la isla o ciudad adonde es el oro... No me deterné más aquí... pues veo que aquí no hay mina de oro... se llamaba *Babeque*, adonde, según dicen por señas, que la gente de ella coge el oro con candelas de noche en la playa... 'Hoy tiré la nao de monte y me despacho para partir el jueves en nombre de Dios e ir al Sueste a buscar del oro y especerías y descobrir tierras... arguye que en estas Indias y por allí donde andaba debía de haber mucho oro...'.

Y creía el Almirante que estaba muy cerca de la fuente, y que nuestro Señor le había de mostrar dónde nace el oro... supo el Almirante, de un hombre viejo, que había muchas islas comarcanas a cien leguas y más, según pudo entender, en las cuales nace mucho oro, y en las otras, hasta decirle que había isla que era todo oro, y en las otras que hay tanta cantidad que lo cogen y ciernen como con cedazos y lo funden y hacen vergas y mil labores... y volvieron con un señor a la nao con nuevas que en aquella isla Española había gran cantidad de oro<sup>20</sup>.

'En todos estos lugares adonde yo había oído: esto me certificó que es así de la provincia de Ciguare, que según ellos es descrita nueve jornadas de andadura por tierra al Poniente: allí dicen que hay infinito oro... Yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años... En el *Paralipomenon* y en el *Libro de los Reyes* se cuenta de esto. Josefo quiere que este oro se hiciese en la Aurea. Si así fuese, digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se convienen con estas de Veragua... yo estó a la fuente'<sup>21</sup>.

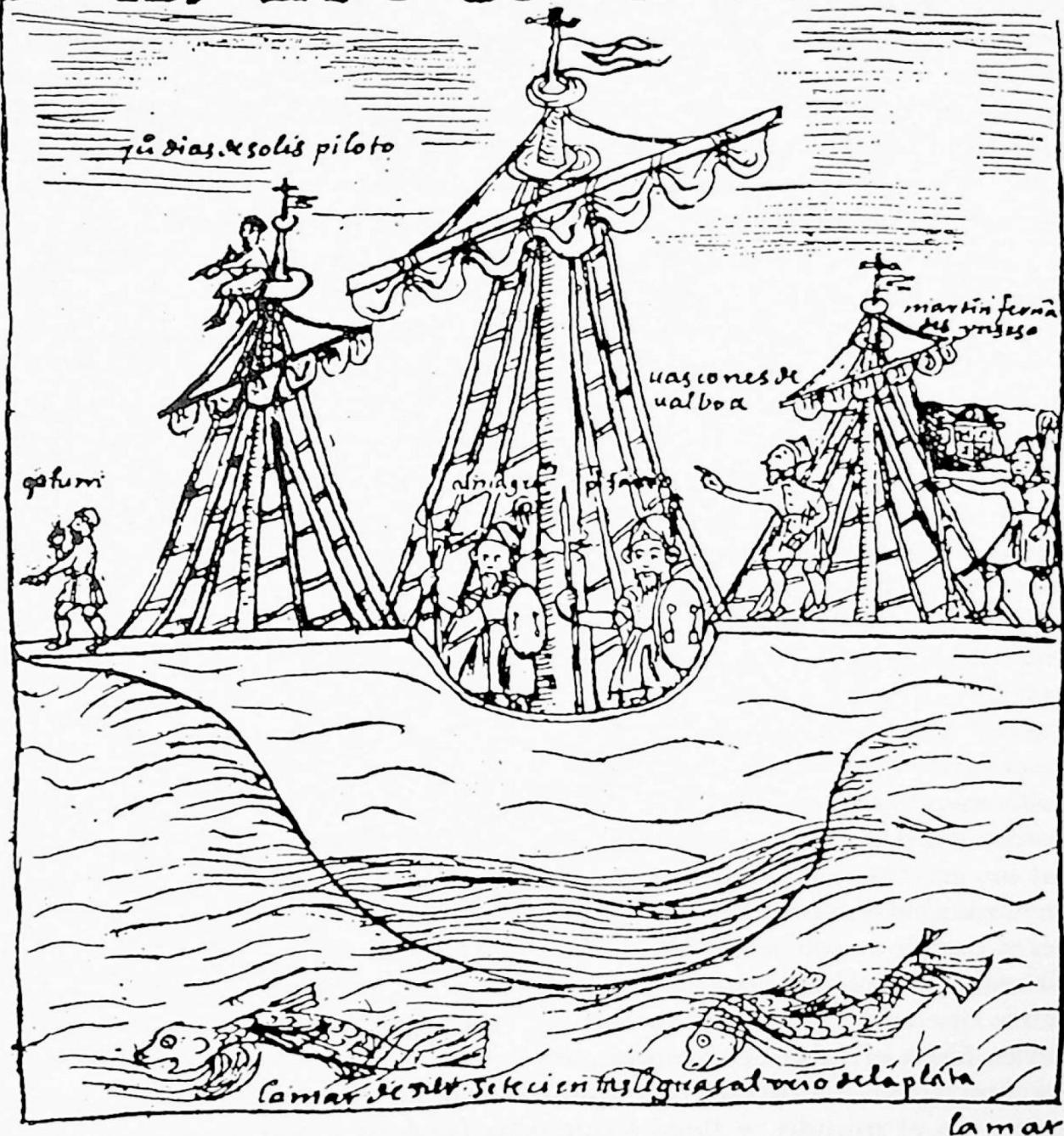
El relato del primer viaje termina cuando Colón regresa a Europa, después de anotar los nombres del oro infinito. La relación de la cuarta expedición concluye de manera idéntica. Sólo ha cambiado el lugar donde esa fuente es ubicada. No ya San Salvador, Santa María de la Concepción, Cuba o la Española, sino Veragua. Colón cree que, por fin, ha descubierto la fuente del oro infinito. Sus palabras "yo estó a la fuente" evidencian que Veragua es para él ese país áureo del cual el mismo David habría obtenido el oro que donó a Salomón, para contribuir a edificar el templo de Jerusalén.

La historia del encuentro de un objeto que siempre está más lejos otorga unidad a las cuatro relaciones colombinas sobre el Descubrimiento. No obstante su diferente cronología y su naturaleza específica (diario, memorial

<sup>20</sup>Colón, *El primer viaje*, ob. cit., pp. 36-108.

<sup>21</sup>Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., pp. 197 y 207.

# CONQUISTA EL IBAR CARÓ SE ALAS ÍNDIAS



Huamán Poma de Ayala: Conquista, Embarcáronse a las Indias.

y cartas), es posible leerlos como un solo texto, cuya materia narrativa (tenue en el memorial sobre el segundo viaje), unificadora de la totalidad, es el *descubrimiento diferido* de la fuente del oro infinito. No podía ser de otro modo la historia de este Descubrimiento siempre postergado. En el mito del País Aureo, el objeto de la búsqueda, igual que en todo mito con localización geográfica, se coloca siempre en un lugar del mundo aún desconocido. El hombre conserva así la ilusión de la existencia del objeto soñado. Y cuando ese mundo inexplorado se hace conocido, la ubicación del objeto, después de su búsqueda, se desplaza hacia un lugar de la tierra aún inexplorado. En todos los casos el encuentro mismo es diferido. El objeto anhelado cambia de lugar constantemente, sin producir la destrucción de la creencia en el mito. La desilusión producida por un lugar se sustituye por la ilusión de descubrir lo deseado en otro lugar que está más allá. La creencia en el mito no se destruye. Cambia sólo el lugar donde el objeto es ubicado.

Los relatos colombinos así singularizados fundan la percepción del nuevo mundo como lugar donde los sueños, ficciones y mitos europeos pueden convertirse en realidad. En el caso del mito del oro infinito, se trata de un mito característico de una sociedad regida por una economía monetaria. Sólo en un mundo de este tipo puede desarrollarse el sueño de encontrar el oro en cantidades increíbles. Su omnipresencia en los textos de Cristóbal Colón de ningún modo es arbitraria, sino la materialización seguramente más representativa del sueño del oro infinito en la llamada época del "hambre de oro". Los historiadores han señalado que la recuperación demográfica y económica de Europa occidental entre 1450-75 y 1500-25 produce una disminución de los precios, sobre todo en relación con el oro. En la Europa del siglo xv, según Pierre Vilar, los precios de las mercancías han descendido, sobre todo los expresados en oro. Esto significa que el mencionado metal se ha valorizado en relación con las mercancías, que quienes lo poseen pueden comprar más. La declaración más clásica sobre la importancia del oro en la sociedad regida por esta economía monetaria es precisamente la de Cristóbal Colón. En ella hay dos afirmaciones fundamentales: 1) la necesidad de encontrar oro, aun en el "cabo del mundo", y 2) el oro otorga a quien lo posee cuanto quiere en el mundo: "...Genoveses, venecianos y toda gente que tenga perlas, piedras preciosas y otras cosas de valor, todos las llevan hasta el cabo del mundo para las trocar, convertir en oro: el oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso"<sup>22</sup>.

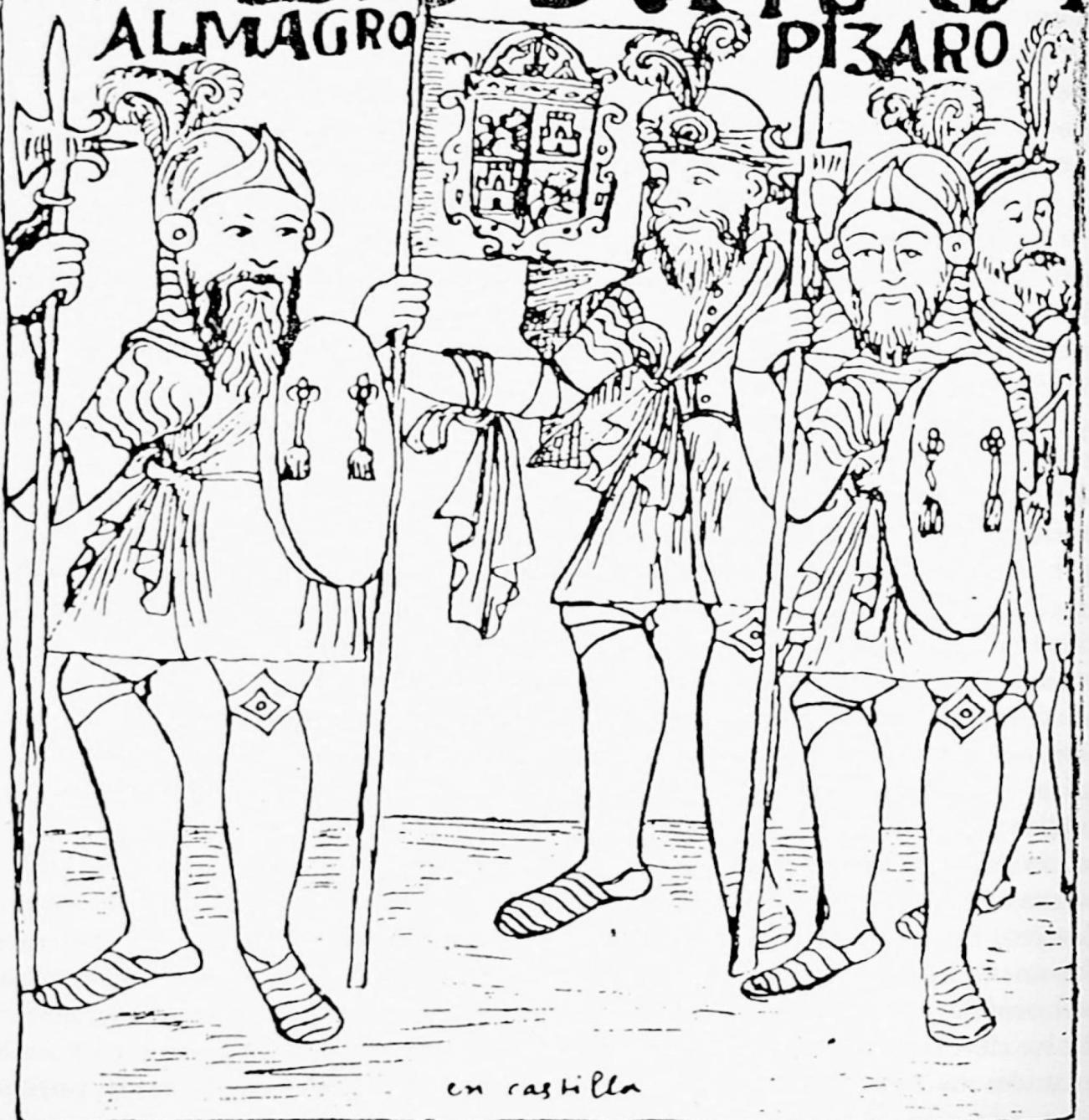
<sup>22</sup>Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., p. 207.

El Descubrimiento no es, pues, una coincidencia 'extraeconómica'. Representa, por el contrario, el "coronamiento de un proceso interno de la economía occidental en busca de oro y de especias, por razones coyunturales muy precisas, búsqueda cuyas vías mostró Portugal, pero que la España de 1492 y sus costas andaluzas estaban destinadas a ampliar"<sup>23</sup>. Más que ningún otro "cronista de Indias", Cristóbal Colón evidencia en sus escritos el sueño del Occidente europeo durante el período del 'hambre' del oro. El mito del país aureo no es en sus escritos una mera reminiscencia bíblica o medieval, recuerdo irrelevante de lecturas de libros fantásticos. Es, por el contrario, elemento omnipresente que otorga a estos textos unidad, coherencia y tensión. A través de ellos el sueño de una sociedad donde el oro da a su poseedor lo que quiere, incluso el otro mundo, se convierte en escritura.

La percepción del Nuevo Mundo, como tierra del oro infinito, de ningún modo está en contradicción con la percepción del mismo como tierra de conversión. La preocupación religiosa en los textos colombinos nunca es incompatible con la preocupación material. Esto no es extraño. La distinción entre lo espiritual y lo temporal no era sentida por los hombres de esa época del mismo modo que por nosotros. Decir que Colón estaba poseído por el propósito evangelizador y no por la necesidad del oro, o viceversa, es olvidar que deseaba las dos cosas a la vez. Lo espiritual y lo material en el período de los descubrimientos están relacionados de tal modo, según Vilar, que sería antihistórico separar un aspecto de otro. En los relatos de Colón esto es evidente. La alusión al provecho espiritual de su empresa está siempre unida a la alusión al provecho material. Más aún. En las relaciones colombinas hay mucho más que la pura coexistencia de motivos contrarios. La total armonía, la eliminación de todas las contradicciones entre un fin temporal y otro espiritual, se produce mediante un sueño perceptible por igual en el primer y cuarto relato del Descubrimiento. El oro obtenido en las Indias debe ser utilizado para conquistar Jerusalén. La resolución de las contradicciones adopta la forma de una total armonía. El oro de las nuevas tierras se ennoblecen de tal manera, que adquiere una importancia trascendente. Está aquí la génesis de otra de las percepciones predominantes durante el período colonial. La materia americana (perla, plata, oro, cristal, esmeralda) carece de sentido por sí misma; estuvo ociosa mientras no tuvo la dicha de emplearse en servicio de quien tan bien la gasta en el de Dios. Su función es servir al espíritu representado por una España cuya política coincide con la política divina.

<sup>23</sup>Pierre Vilar, *Oro y moneda en la historia (1450-1920)*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1969, p. 65.

CON AVISTA  
DODIEGO, DOFRAY CO  
ALMAGRO PIZARO



*Diego de Almagro y Francisco Pizarro (Huamán Poma de Ayala)*

'...dice que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro que habrían resgatado los que había de dejar y que habrían hallado la mina de oro y la especiería, y aquello en tanta cantidad que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar de este mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquélla'. Palabra del Almirante<sup>24</sup>.

...digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se convienen con éstas de Veragua... David en su testamento dejó tres mil quintales de oro de las Indias a Salomón para ayudar a edificar el templo, y según Josefo era él de estas mismas tierras. Hierusalem y el monte Sión ha de ser reedificado por mano de cristianos. Quien ha de ser, Dios por boca del profeta en el décimo cuarto salmo lo dice. El abad Joaquín dijo que ese había de salir de España...<sup>25</sup>.

Los cronistas posteriores no hacen sino desarrollar lo que ya está en germen en el primer cronista de Indias. Francisco López de Gómara, por ejemplo, afirma que todas las cosas, y hasta cada cosa por sí, hechas por los españoles en el Nuevo Mundo, especialmente la difusión de "un Dios, una fe y un bautismo", valen, sin duda ninguna, mucho más que las perlas, el oro y la plata tomados a los indios, sobre todo porque esos hombres no se servían de estos metales en moneda<sup>26</sup>. Alonso de Ovalle, asimismo, dice en su *Histórica Relación* (1646) que el "dilatado y numeroso gentilismo" debe a los reyes españoles y a sus leales vasallos y ministros el mayor bien que pudieron desear "y el que no acabarán jamás de pagarle por más que le tributen su rico Potosí, Carabaya y Valdivia y todas las demás minas de metales, que tan justa y debidamente le sirven con su plata y oro, cristales, perlas, esmeraldas y otros tesoros nunca más bien empleados..."<sup>27</sup>.

Es interesante, por último, comprobar la persistencia en nuestra época de la percepción de Europa como entidad dispensadora del sentido de América. Se trata de la tragedia *Cristóbal Colón*, del escritor griego Nikos Kazantzaki. El Almirante, "Quijote del océano", es también el varón elegido que trae la ley de Cristo a un mundo que espera su conversión. La

<sup>24</sup>Colón, *El primer viaje*, ob. cit., p. 116.

<sup>25</sup>Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., pp. 207-208.

<sup>26</sup>López de Gómara, *Elogio de los españoles*, p. 376.

<sup>27</sup>Alonso de Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, Santiago de Chile, Instituto de Literatura Chilena, 1969, Libro VIII, cap. III, p. 349.

razón económica está ausente. El protagonista de la 'gran hazaña' sólo piensa en la finalidad trascendente. Su heroísmo, la voluntad que crea el mundo en el que se cree, es el heroísmo del hombre que sabe el carácter divino de su misión: "Mi patrono y compañero es San Cristóbal. Juntos pasaremos a Cristo a través del Océano. ¡Dios me llamó al darme nombre y obedezco!"<sup>28</sup>.

### 3. HALLAZGO Y DESTRUCCION DEL PARAISO DEL CONQUISTADOR

La mayoría de los estudios sobre el llamado "primer cronista" de las Indias intenta probar la pertenencia de los textos colombinos al 'gótico florido', los 'valores literarios' del diario de navegación, los momentos 'líricos' en la descripción de la naturaleza o la 'idealización' del hombre del Nuevo Mundo. Se trata de estudios que oscurecen o mistifican el significado de los escritos de Colón dentro de la historia de las crónicas de Indias, especialmente en el caso del uso de categorías tan genéricas o abstractas como la de 'gótico florido'. Tal cual lo ha señalado con razón Agustín Cueva, el esteticismo predominante en este tipo de interpretaciones es mucho menos inocuo de lo que a primera impresión se podría suponer. En él se manifestaría una ideología de la literatura empeñada en presentar a los textos literarios, e incluso a los no literarios, como formas bellas carentes de contenido, desligadas, en todo caso, de la realidad histórica y social<sup>29</sup>.

Parece irrelevante, asimismo, toda la especulación sobre diversos aspectos de la empresa de Colón. Saber si, en realidad, la reina Isabel dio sus joyas, o si el navegante sabía el trayecto a las Indias por un piloto anónimo, tiene una importancia secundaria cuando se estudian los textos colombinos, como los fundadores de las representaciones coloniales predominantes en América hasta el siglo XIX y persistentes aún en países donde no se ha producido una total descolonización.

Es efectivo que las relaciones colombinas sobre el Descubrimiento muestran una percepción idílica del hombre del Nuevo Mundo. Son ya clásicos los fragmentos del diario que exaltan la belleza, ingenuidad, generosidad y humildad del indio. La reducción de la representación de los hombres encontrados en las Indias sólo a esta descripción idealizada impide, sin embargo, percibir lo que, en realidad, define el valor de los relatos de Colón sobre el Descubrimiento. La importancia de estos textos reside precisamente en la transformación que en ellos se produce de la visión

<sup>28</sup>Nikos Kazantzaki, *Cristóbal Colón*, Barcelona, Editorial Planeta, 1960, p. 1140.

<sup>29</sup>Agustín Cueva, ob. cit., p. 2.

colombina de los indios. En ella la noción del hombre del Nuevo Mundo como ingenuo, generoso y humilde no es inmutable, sino que se modifica de tal modo, que llega a convertirse en la noción antitética. Sólo un grave error de lectura en la mayoría de los estudiosos de las relaciones colombinas puede haberles hecho considerar que la percepción del Almirante sobre los indios es una percepción estática. O'Gorman y Cueva constituyen las excepciones más importantes dentro de la tendencia a privilegiar la noción idílica de Colón sobre los hombres del Nuevo Mundo. Se trata, sin embargo, de observaciones generales que, no obstante su importancia, son insuficientes para comprender el sentido, la función y la forma de producirse la 'evolución' o 'transmutación' de la 'beata imagen de la edad de oro rediviva'<sup>30</sup> en los textos del Almirante<sup>31</sup>.

La causa de la lectura deformada de los textos de Colón está, sin duda, en la tendencia a considerarlos como independientes los unos de los otros. Cuando se estudia sólo el primer relato (el diario de navegación) la conclusión no puede ser sino la afirmación de la existencia de una visión idílica inalterable. Cuando este relato se relaciona con el del cuarto viaje, el sentido de los escritos de Colón sobre el Descubrimiento es distinto del señalado habitualmente por los estudiosos del Almirante. Es necesario, por ello, leer todos los relatos del Descubrimiento como los cuatro momentos de lo que sería un solo relato: la narración del encuentro y la destrucción del paraíso

<sup>30</sup>"Las promesas de Colón habían sido un falso sueño. Las esperanzas del oro, cosechable como fruta madura, se reducían al aleatorio futuro de unas minas que requerían trabajo y privaciones. El suave clima y la perfumada templanza de los aires cobraron en vidas de cristianos su pestífero engaño... la beata imagen de la edad de oro rediviva se transmutó, alconjuro del desengaño, en edad de hierro que dominaba la creciente convicción de que esos desnudos hijos del Océano formaban parte del vasto imperio de la barbarie, el señorío, confesado o no, del Príncipe de las Tinieblas". Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, edición citada, p. 44.

<sup>31</sup>Particularmente valiosa, en su carácter general, es la opinión de Agustín Cueva. Ella funda la posibilidad de estudiar la 'evolución' colombina en el interior de los mismos textos: "Mas esta imagen (la... figura del esclavo ideal), obviamente ilusoria, se triza poco después en las cartas del propio Almirante. A la hora de reclamar dividendos, y cuando el esclavo empieza a defraudar las esperanzas del amo (el indio no era tan dócil como se creyó) Colón traza un cuadro mucho menos idílico de la situación: "Vine de España a conquistar hasta las Indias a gente belicosa y mucha, y de costumbres y seta a nos contraria", escribe en 1500. Evolución que muestra cómo la visión colombina del mundo no era estática ni estaba determinada abstractamente por "creencias de la época", sino que se transformaba en función de intereses fáciles de detectar. Artículo citado, p. 3. Los párrafos dedicados a Colón en este artículo de Cueva comprenden las páginas 1, 2 y 3.



*Fray Bartolomé de Las Casas funda una colonia de indios en Cumaná, 1520 (V. Adam)*

del conquistador. Del mismo modo que la historia del descubrimiento de la ‘fuente’, que se sitúa siempre más allá, otorga unidad a las narraciones colombinas sobre el Descubrimiento, el relato del encuentro de un paraíso que se convierte en un antiparaíso permite la lectura de los textos de Colón como una sola totalidad narrativa, aun cuando los momentos que lo forman hayan sido escritos en fechas diferentes.

El primer momento de los relatos colombinos así considerados puede identificarse con la narración del primer viaje. La materia del relato es aquí el encuentro con el paraíso. No uno cualquiera, sino el paraíso soñado por el conquistador. El propósito del narrador es precisamente convencer, persuadir a los Reyes de que lo descubierto son las *mejores tierras* y los mejores hombres del mundo para ser conquistados. Los enunciados sobre la *mansedumbre, simplicidad, temor, miedo, credulidad, sumisión y liberalidad* se repiten una y otra vez en el texto, convirtiéndolo en un texto cuya historia es el medio para demostrar las virtudes de las mejores tierras y hombres para ser dominados. El encuentro de hombres que no oponen resistencia, que no luchan, sino que tienen miedo, es el primer signo del hallazgo del paraíso militar soñado por todo conquistador. La liberalidad de los indios convierte su espacio en un paraíso económico. Dan todo lo que tienen a cambio de cosas insignificantes. Especialmente dan el oro, el metal más valioso para los extranjeros, a cambio de cosas sin valor en Europa (vidrio y latón). Y no sólo esto. El mundo encontrado puede también ser un paraíso político, porque los hombres que lo habitan son sumisos, aptos para ser mandados. Uno de los enunciados más reiterados por el Almirante es precisamente aquel que destaca la mansedumbre de los indios: "... no puede haber mejor gente, ni más mansa". Todo se completa con la cualidad ideal en el plano religioso. Los hombres del Nuevo Mundo no tienen secta ninguna ni son idólatras; más aún, son crédulos y conocedores de que hay Dios, aptos para ser cristianizados sin oposición.

El primer 'cronista de las Indias' relata de este modo el Descubrimiento de un mundo paradisíaco para su conquista militar, política, económica y religiosa. Los siguientes enunciados, todos distantes entre sí, muestran el principio retórico de la repetición, a través del cual Colón intenta persuadir a los destinatarios de su texto de haber encontrado los mejores hombres del mundo para ser conquistados:

...Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos... daban lo que tenían por cualquier cosa que les diese... Dice más el Almirante: esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley... porque yo vi e cognosco —dice el Almirante— que esta gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos y sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas y tan temerosos que a una persona de los nuestros huyen ciento de ellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y cognocedores que hay Dios en el cielo, e firmes que nosotros habemos venido del cielo, y

muy presto a cualquier que nos les digamos que digan y hacen el señal de la cruz... toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo (y certifica el Almirante a los Reyes que diez hombres hagan huir a diez mil: tan cobardes y medrosos son que ni traen armas... lo que tienen luego lo dan por cualquier cosa que les den, sin decir que es poco, y creo que así de especería y de oro si lo tuviesen... son la mejor gente del mundo y más mansa, que tengo mucha esperanza en Nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo... Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no guardarían tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres... nos traían cuanto en el mundo tenían y sabían que el Almirante quería, y todo con un corazón tan largo y tan contento que era maravilla... lo mismo hacían y tan liberalmente los que daban pedazos de oro como los que daban la calabaza de agua... Finalmente —dice el Almirante— que no puede creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y frances para dar y tan temerosos que ellos se deshacían todos por dar a los cristianos cuanto tenían, y en llegando los cristianos luego corrían a traerlo todo... sobre todo —dice el Almirante— porque los tiene ya por cristianos y por de los Reyes de Castilla más que las gentes de Castilla; y dice que otra cosa no falta, salvo saber la lengua y mandarles, porque todo lo que se les mandare harán sin contradicción alguna... Y, como sea esta gente de muy franco corazón que cuanto le piden dan con la mejor voluntad del mundo les parece que pidiéndoles algo les hacen grande merced... aquellos pueblos han de ser cristianos por la voluntad que muestran y de los Reyes de Castilla, y porque los tiene ya por suyos y porque le sirvan con amor, les quiere y trabaja hacer todo placer... 'Crean Vuestras Altezas que en el mundo todo no puede haber mejor gente, ni más mansa. Deben tomar Vuestras Altezas grande alegría porque luego los harán cristianos y los habrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé cómo lo escriba... son gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra'... Todo esto dice el Almirante<sup>32</sup>.

<sup>32</sup>Cristóbal Colón, *El primer viaje*, ob. cit., pp. 15-158.

El relato del encuentro de un mundo idílico tiene un único episodio problemático. Se trata del episodio de los indios 'fronteros' a los caribes, "... gente sin miedo, no como los otros de las otras islas, que son cobardes y sin armas fuera de razón". La memoria del espacio hostil queda consignada en el diario con el nombre de 'Golfo de las Flechas', pero de ningún modo destruye la percepción de las Indias como espacio habitado por la gente *más mansa* del mundo. El desencanto es muy posterior, distante de este momento en donde la hostilidad es completamente atípica. Más aún. Los indios que producen el escándalo, "aquellos desconciertos", pertenecen a un mundo que estaría situado *fuera* del espacio idílico. El Almirante dice que si no son de los caribes, al menos deben ser fronteros, porque tienen las mismas costumbres. Esto es significativo. Antes del episodio del 'Golfo de las Flechas' ha dicho que las islas hasta entonces descubiertas viven con gran miedo de los hombres de *Caniba*, la gente del gran Can, que debe ser "aquí muy vecino, y terná navíos y vernán a captivarlos, y como no vuelvan creen que se los han comido". Es decir, los indios hostiles no pertenecen al espacio paradisíaco, sino que, por el contrario, lo están amenazando.

La destrucción de la ilusión de haber encontrado a los mejores hombres del mundo para ser mandados, latente ya en el segundo y tercer momento del texto, se desarrolla sólo en el último momento de esta narración sobre el Descubrimiento, equivalente a la relación del cuarto viaje o Carta del Almirante a los Reyes Católicos. La empresa descubridora-conquistadora ya no es percibida como empresa feliz, sino como *martirio*. El relato de "increíbles peligros y trabajos" predomina absolutamente en el texto. Su emisor quiere significar a los Reyes el mérito de los servicios que los han convertido en señores de tierras que son mayores que todas las otras tierras cristianas. El valor de sus 'trabajos' lo hace merecedor de la intervención de los monarcas contra los enemigos que lo apresaron y deshonraron injustamente. El discurso desvaloriza, por ello, a los que se fueron de las Indias, huyendo de los trabajos y hablando contra ellas y su descubridor. Cuando "fasta los sastres suplican por descubrir", el Almirante dice que de "La Española, de Paria y de las otras tierras no me acuerdo de ellas que yo no llore"<sup>33</sup>. El discurso, igual que el que narra el encuentro con un mundo idílico, es también demostrativo, retórico, en el sentido literal de la palabra. La finalidad de la persuasión, sin embargo, ya es totalmente diferente. No ya la demostración de las virtudes de los hombres descubiertos, sino los méritos del hombre que los descubrió. Las exhortaciones explícitas dirigidas a los reyes también son de naturaleza diferente. Domi-

<sup>33</sup>Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., p. 208.



Vasco Núñez de Balboa castigando a unos indios acusados de sodomía (De Bry, 1595).

nar a los hombres 'convenibles' para todo, en un caso; restitución de la honra del Almirante y castigo a quienes lo afrentaron, en el otro.

Los cambios señalados son, sin embargo, sólo los más evidentes. Más importantes que ellos para comprender la importancia de la escritura colombina dentro de la serie de crónicas sobre las Indias son, sin duda, las transformaciones de la noción del indio como el hombre mejor del mundo para ser conquistado. El episodio más significativo en este nivel es el episodio de las desventuras de Veragua. El señor de esta tierra acuerda quemar las casas edificadas por los europeos y matarlos a todos. El plan fracasa y el Quibian es hecho prisionero, pero logra huir. Después los indios luchan con los tripulantes de las barcas que buscaban sal y agua, logrando matarlos a todos. Este es precisamente el momento en que el Almirante es reconfortado por la 'voz muy piadosa' que le indica el sentido de sus 'martirios': "no temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol y no sin causas". Nada hay en este relato que recuerde el Nuevo Mundo como espacio idílico. Las tierras de hermosuras, que "no es

possible escribir", son ahora las tierras de peligros (tormentas 'espantables', muertes, mar cruel, enfermedades) que "de cien partes no he dicho la una en esta letra". El espacio ya no es ameno, tierra de 'tanta victoria', sino un espacio hostil donde ocurren "increíbles trabajos y peligros". El indio ha dejado de ser manso, "sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender". Mata, desobedece y huye. Y cuando los europeos le preguntan dónde está el oro, ya no dice ese lugar sino su contrario: "Después supe yo que el Quibian que había dado estos indios les había mandado que fuesen a mostrar las minas lejos y de otro su contrario..."<sup>34</sup>.

El texto colombino es entonces el relato del encuentro y la destrucción del paraíso soñado por todo conquistador. La historia que da unidad, coherencia y tensión a las cuatro relaciones sobre el Descubrimiento no es sólo la del descubrimiento diferido de la fuente del oro ("no fago sino andar para ver de topar en ello"). También es la historia del encuentro de un paraíso que se convierte en un antiparaíso; de la transformación de los amigos en 'enemigos'; de la conversión de un mundo idílico en un mundo donde se mata y se es matado; donde la realidad de la resistencia contra la dominación deshace el sueño de dominar sin resistencia. No se trata sólo de un "cuadro mucho menos idílico de la situación"<sup>35</sup>, sino de un cuadro absolutamente antiidílico, de una imagen que se desintegra totalmente para dar paso a la percepción opuesta del Nuevo Mundo como espacio del 'martirio'. El gráfico muestra las diferencias fundamentales entre una y otra noción:

#### HOMBRES DEL NUEVO MUNDO

##### 1º RELATO

Sin armas	
No matan	
Sumisos, buenos para mandar, convenientes para todo	
Medrosos	
Amigos	
Indican donde hay oro	
Gente muy buena	
No es posible describir la hermosura de su mundo (tierra de 'tanta victoria')	

#### HOMBRES DEL NUEVO MUNDO

##### 4º RELATO

Con armas	
Matan	
Rebeldes, no convenientes para todo	
Belicosos	
Enemigos	
Indican lugares que son los contrarios del oro	
Salvajes y llenos de crueldad	
No es posible describir los peligros de su mundo (tierra de martirios)	

<sup>34</sup>Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., p. 200.

<sup>35</sup>Agustín Cueva, artículo citado, p. 3.

Dos veces habla Colón de indios 'medrosos' o 'cobarde(s)' en su cuarta relación. Este encuentro no constituye, sin embargo, un signo de la subsistencia en el texto de la visión sobre el indio en la forma que ella surge en la narración inicial. La percepción predominante en el relato del cuarto viaje no es la del hombre manso. En el primero, el episodio del Golfo de las Flechas no destruyó la visión idílica. En la cuarta relación sucede lo mismo, pero de modo opuesto. El encuentro de los indios medrosos no altera la percepción ahora dominante en la escritura. De otra manera no podrían comprenderse las palabras finales del Almirante:

Yo estoy tan perdido como dije. Yo he llorado hasta aquí a otros: haya misericordia agora el cielo y llore por mi la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para él, oferta: en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho. Aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad, y tan apartado de los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia, que se olvidará de esta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia. Yo no vine este viaje a navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto porque estaba ya la esperanza de toda en ella muerta. Suplico humildemente a Vuestras Altezas que, si a Dios place de me sacar de aquí, que haya por bien mi ida a Roma y otras romerías. Cuya vida y alto estado la Santa Trinidad guarde y acreciente. Fecha en las Indias, en la isla de Jamaica, a 7 de julio de 1503 años<sup>36</sup>.

La lectura de las relaciones colombinas, como relato del hallazgo y destrucción del paraíso militar, político, económico y religioso soñado por el conquistador, muestra un sentido de las 'relaciones' colombinas hasta ahora inadvertido por los estudiosos del 'primer cronista' de Indias. Reside éste en su carácter de texto(s) que narra(n) la desintegración de la conciencia feliz sobre el Descubrimiento y Conquista de las Indias. La realidad misma es, en este caso, la que desengaña a quien(es) cree(n) en la existencia de un mundo nuevo, cuyos habitantes son *convenibles* para todo.

Hay representaciones sobre el Nuevo Mundo que permanecen inalterables en los escritos de Cristóbal Colón. Nunca se destruye, por ejemplo, la ilusión de encontrar la tierra donde el oro existe en cantidades infinitas. En la cuarta relación, igual que en la primera, el Almirante afirma que ha encontrado la fuente ("yo estó a la fuente"). El mito no se destruye, porque es

<sup>36</sup>Colón, *El cuarto viaje*, ob. cit., p. 210.

posible que el objeto soñado esté en otro lugar. Mientras existan tierras por descubrir, la ilusión permanecerá sin erosionarse. Igual sucede en el caso del mito de Las Amazonas. La isla de las Mujeres, "la isla de Matinino que diz que era toda de mujeres sin hombres", se sitúa cada vez más allá.

No se destruye, asimismo, la noción del Nuevo Mundo como un mundo para los Reyes de España. Aun cuando la realidad desintegra la percepción de los indios como los *mejores* hombres del mundo para ser mandados, nunca se modifica la representación que les convierte en *posesión* de otros hombres, en seres cuya función dentro de la historia es la de ser mandados: "...aquí debe haber infra la tierra grandes poblaciones y gente innumerables y cosas de grande provecho, porque aquí, en todo lo otro descubierto y tengo esperanza de descubrir, antes que yo vaya a Castilla, digo que terná la cristiandad negociación en ellas, cuanto más la España, a quien debe estar sujeto todo<sup>37</sup>... Todo esto es seguridad de los cristianos y certeza de señorío, con grande esperanza de la honra y acrecentamiento de la religión cristiana..."<sup>38</sup>.

Puede comprenderse, entonces, por qué es secundario dilucidar si la Reina dio sus joyas o si Colón sabía que había descubierto unas tierras independientes de Asia; por qué los estudios que se limitan a demostrar las características del 'gótico florido' o valores literarios en los escritos del Almirante oscurecen su sentido en vez de hacerlo evidente. La especificidad de la escritura colombina no reside en sus aspectos líricos, estéticos o góticos, sino en su carácter de 'relación histórica' que adopta retóricamente la forma de un discurso *demostrativo*; esto es, de un discurso cuyo fin es hablar *a propósito* para convencer. La narración misma en un texto así considerado carece de autonomía. Es el medio a través del cual su emisor quiere lograr lo que realmente importa en un discurso retórico, en el sentido estricto del término: persuadir. El uso del *sobrepujamiento* y lo *indecible*, característicos en la escritura colombina, no es indicio de que el texto en cuestión es literario, sino signo de su inscripción dentro del género *demonstrativo*, forma de significar la calidad de lo alabado:

... (hay) otras mil maneras de frutas que me es no posible escribir... les certifica que no dice la centésima parte... las cosas que vián no bastarán mil lenguas a referillo ni su mano para lo escribir... Y aunque tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda dice él que no es

<sup>37</sup> *El primer viaje*, ob. cit., p. 74.

<sup>38</sup> *El cuarto viaje*, ob. cit., p. 206.

menos éste, antes los sobrepuja y ninguno le es semejante... todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad, y ser éste muy mejor que todos ser asimismo verdad... en el mundo no puede haber mejor gente no más mansa... que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé como la escriba...<sup>39</sup>.

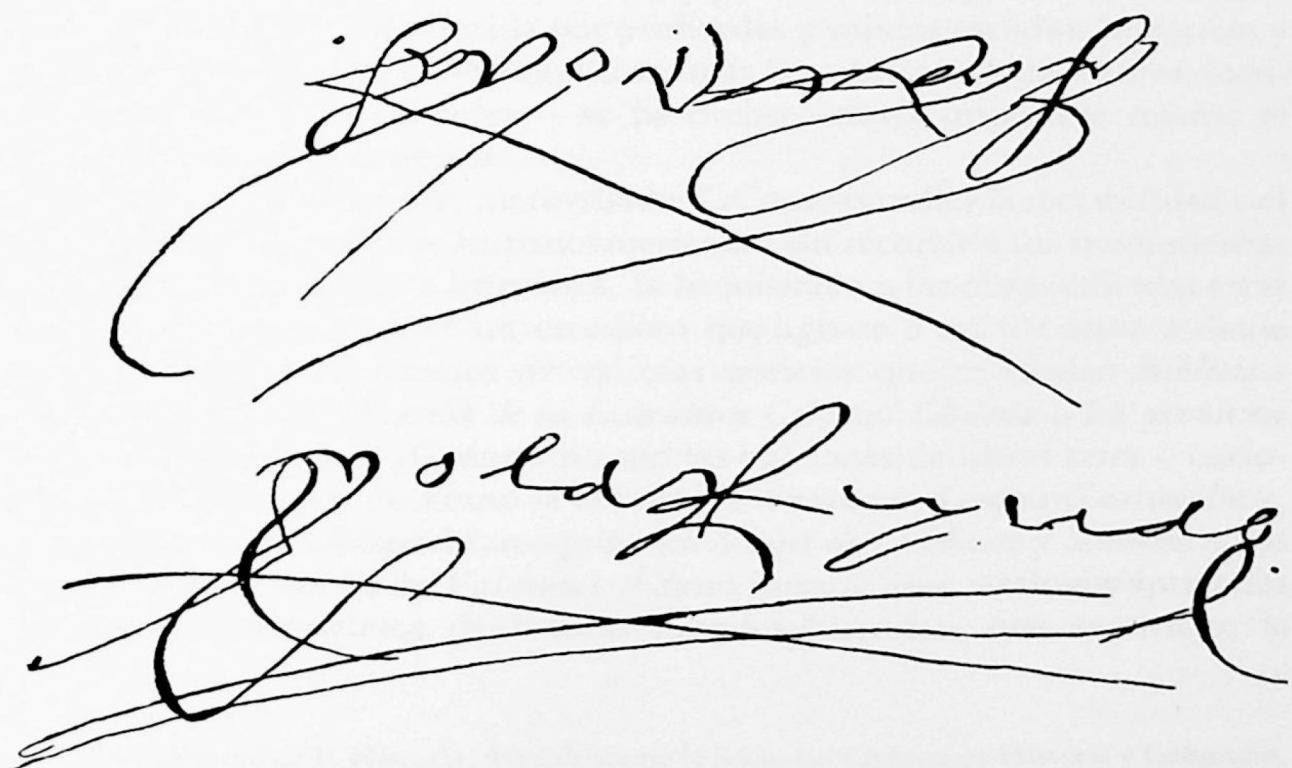
Las 'relaciones', las 'historias verdaderas' y crónicas escritas posteriormente son obras que también deben estudiarse como textos cuyos relatos no tienen un fin en sí mismo. Olvidar que en todos estos casos el propósito del discurso, sea *alabanza* o *vituperio*, es el de todo discurso retórico; significa simplemente desconocer la especificidad más evidente de las 'crónicas de Indias', desconocimiento que ha llevado a los críticos a afirmar, por ejemplo, que el *Cautiverio feliz* de Francisco Núñez de Pineda de Bascuñán es una novela. El resultado es valorarlas dentro de una serie a la cual no pertenecen, con las consiguientes mistificaciones sobre su sentido. En el caso del *Cautiverio feliz*, el error crítico consiste en editar el texto, eliminando las 'digresiones' para hacer más grata la lectura de la historia misma. Se oculta, de este modo, la función crítica del texto dentro de la serie de historias sobre las guerras en el reino de Chile. El vituperio contra los vicios del reino queda convertido en un ameno relato de cautivos, sin nada que detenga la "agilidad de la acción".

La importancia de los textos de Colón dentro de la serie de crónicas sobre las Indias no consiste solamente en que ellos inauguran un tipo de discurso, donde la historia contada no es fin en sí mismo, donde el propósito predominante es persuadir o disuadir. Está especialmente en su carácter de texto fundador de las representaciones que llegan a convertirse en dominantes en el período colonial. Los cronistas, teólogos o juristas, que posteriormente escriben sobre el Nuevo Mundo, reiterarán, desarrollarán o justificarán teóricamente lo que ya está en el 'primer cronista' de Indias. Por lo menos en las siguientes nociones, la escritura colombina muestra que la 'literatura' del Descubrimiento, de la Conquista y la Colonia no sólo forma parte de *nuestra* superestructura ideológica, sino que es su fundadora y, en muchos órdenes, aun su fundamento...<sup>40</sup>: 1) Los hombres del Nuevo Mundo son *posesión* de los Reyes de España; 2) Los hombres del Nuevo Mundo deben ser cristianizados; 3) Los hombres del Nuevo Mundo deben obedecer, ser mandados por los europeos (españoles); 4) La materia america-

<sup>39</sup>El primer viaje, ob. cit.

<sup>40</sup>Agustín Cueva, artículo citado, p. 11.

na (plata, oro, perlas, etc.) debe *servir* al espíritu representado por Europa (liberación de Jerusalén, cristianización); 5) El Nuevo Mundo es un lugar donde los mitos europeos pueden convertirse en realidad (El Dorado, Las Amazonas, etc.).



AUTÓGRAFOS DE LOS REYES CATÓLICOS